

D'ORS

Pocos encuentros hay en la historia contemporánea de la plástica española comparables al de don Eugenio d'Ors y Angel Ferrant. Amistaron cuando habían sobrepasado el cenit de sus respectivos magisterios. Un encuentro fecundo y rico en reflexiones. Ambos se caracterizaron por su firme y bien clara vocación, al igual que por un espíritu abierto, atento a las nuevas sugerencias que el uno se encargaba de modular y el otro de formular con sus peculiares sutilezas de expresión y sus exquisitas inteligencias.

Es sabido que a don Eugenio d'Ors, nuestro máximo crítico de arte, les desagradaba el arte no figurativo. Por ello sus cavilaciones ante la plástica "abstracta" de Ferrant en el último periodo de su vida tienen un doble valor. D'Ors, tan clásico y tan estaburo en sus preferencias artísticas, se percató desde un principio de que algo extraordinariamente importante aparecía con Ferrant en el mundo de la plástica.

"Yo a Angel Ferrant—confesaba D'Ors—le respeto mucho; capitalmente porque no es profesor de la Escuela de Bellas Artes, sino de la Escuela de Artes y Oficios; como yo mismo no lo soy de la Facultad de Letras, sino de la Escuela Social." Pero D'Ors como muchos otros suspiraba de nostalgia por el periodo decididamente figurativo del primer Ferrant, por lo que fue gracia sin par el de aquellos relieves suyos, los taurinos, el de la mecánografía, el de la zurcidora de máquina, el de la "escolar" y tantos otros hundidos en lo que llamaba Worringer "el sueño de la piedra"; o por aquellas cabezas gigantes que a los peñascos trataban de tú. Nunca se ha visto en nuestra plástica tal extraordinaria potencia vivificadora, que infundía a la materia vibración y espíritu, la cual, abandonada de su mano, quedaba todavía allí como poseída de un ritmo continuo, vibrátil, a veces travieso, en un surgir constante de perfiles inadvertidos, de delicadas muestras de ternura e ironía, de misteriosas sumidades fundidas en las más puras esencias dinámicas. Era tan singular esta virtud en Ferrant que inclusive, mirando su última obra, D'Ors se resistía, por juzgarlo inadecuado, al adjetivo "abstracto" si se pretendía traducir con él una exclusividad o siquiera una antonomasia globalmente aplicada a su plástica. Consideraba más apropiado, por la exquisitez con que lo ha cultivado su arte y virtud, el calificativo de "gracioso", después de vindicar en toda su profundidad en la desamortizándolo de lo cómico para situarlo decididamente en la más pura región estética, en la proplamente dicha, en donde se gana el sentido más noble y cabal que puede alcanzar una obra de arte.

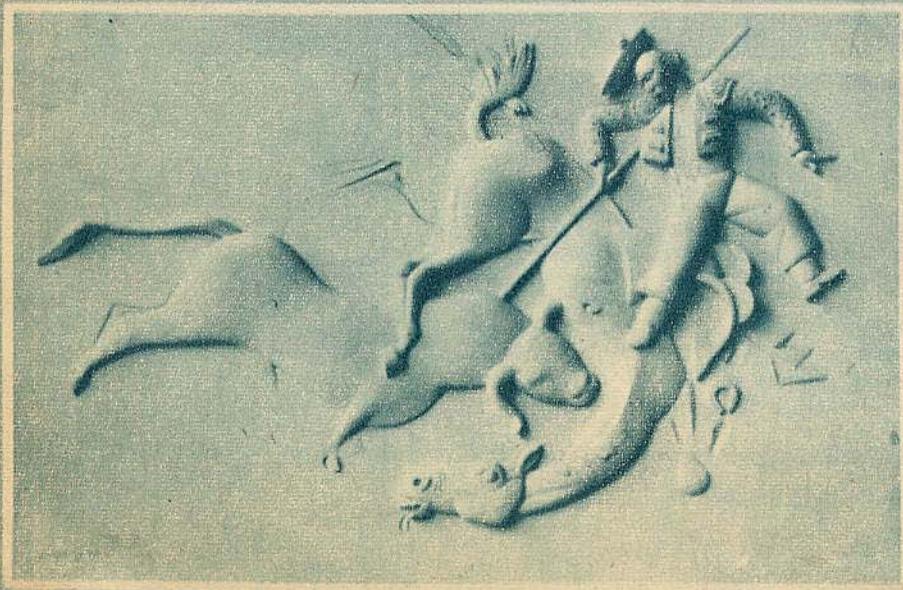
Y en efecto: contemplada su obra en conjunto, una vez más se cumple en el juicio sobre los artistas la sentencia de que es la tonada la que decide de la canción. Y entre lo abstracto y lo gracioso D'Ors, no hay duda, se agarró a lo último y puso siempre de manifiesto que cuando se anunciaba un acontecimiento artístico de Angel Ferrant esperaba uno ver siempre encarnado en él cuantas virtudes soberanas adornan teológicamente a lo angélico. Se espera precisamente una evasión de las dificultades de lo abs-

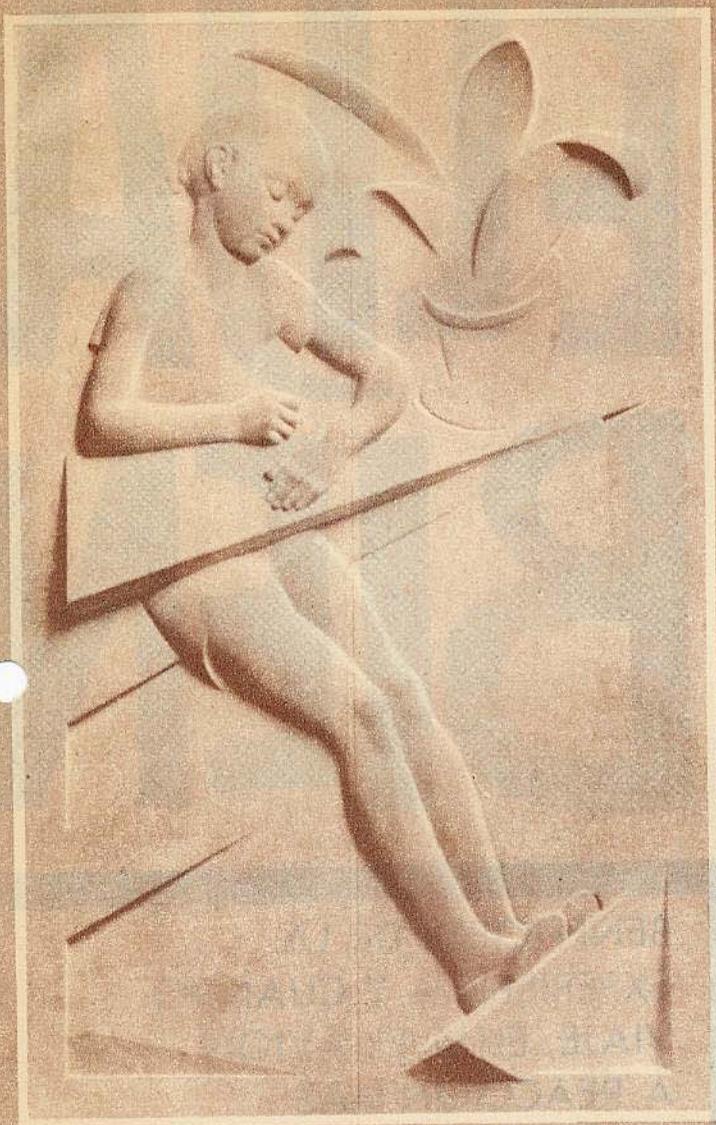


Y FERRANT

Por VICENTE MARRERO

25-X-61-(PAG)





estupefaciente en las realizaciones. El mismo D'Ors así lo reconoció. En medio de la fertilidad de su invención, metiendo gracia hasta en la abstracción, con su imaginación despierta, con su fluente metamorfosis y capacidad de síntesis, entre abstracción y movimiento, entre lo figurativo y no figurativo—a mi juicio, la vía más fecunda del arte de nuestro tiempo—, Ferrant, abandonando un camino para él cómodo y de aceptación más amplia y remuneratoria, rindió a su patria el tributo que se espera de los grandes espíritus. Para ello tuvo que correr varios riesgos, en algunos de los cuales sucumbió; mas en otros logró salvarse en una profunda creencia que colmó de plenitud el último instante de su vida.

Tanto D'Ors como Ferrant se mostraban preocupados en los últimos años de sus existencias por el trato público que recibirían sus obras después de muertos. A ambos les atosigaban los vaivenes del afecto futuro de un país tan duro de pelar como el nuestro ante las obras puras del espíritu como sin duda son las suyas. Por mi parte, aunque sólo fuese por salvarlos momentáneamente de la corrosión del tiempo, he logrado reunir en un artículo de revista los diferentes trabajos dispersos que D'Ors dedicó en distintas ocasiones a la plástica de Ferrant, y también he dedicado un libro monográfico a éste, al aspecto cinético de su plástica—el muñeco articulado (1946), los móviles (1948), tableros, murales y estáticos cambiantes (1939-1954), la escultura cambiante (1953-1954)...—, que indudablemente ha representado la cumbre de su evolución artística, situando a nuestro país en la vanguardia más avanzada de la plástica de nuestro tiempo. Como tantas veces sucede en la Historia, máxime en la nuestra, se trata de dos seres que, pese a su natural volcado al diálogo chesteante, a la más tierna amistad, a la más exquisita convivencia, vivieron condenados muchas veces a la más dura soledad. Pero el alma de todo pueblo grande como el nuestro es posiblemente tan paradójica como solitaria, y en ella tanto D'Ors como Ferrant, tarde o temprano, en la generosidad y en la justicia, en el agradecimiento y en el respeto, en el reconocimiento, en fin, de "la obra bien hecha", recibirán el tributo merecido, porque más de un ángel de verdadera gloria vuela con sus nombres grabados en las alas.

Vicente MARRERO

tracto, una labra en que se reúne la pureza de lo abstracto con la fortuna incomparable de las recompensas de lo figurativo. Con decir que Ferrant ha logrado meter gracia hasta en la abstracción—lo que hace su obra superior a la de su riguroso coetáneo Calder—está dicho todo.

Y aquí reside una de las claves más sugestivas para valorar la obra de Ferrant. Siendo una obra de revolucionaria catadura, en nuestro país sobre todo, donde no había llegado ni siquiera el nombre—o apenas precisamente por la heliófila labor de D'Ors—de los Brancusi, Lipschits, Zadkine..., sobresale con singular personalidad su vanguardismo. Muertos Gargallo y Julio González, como decía D'Ors, Ferrant debía ser en Madrid el único durante muchos años en saber que para la escultura un volumen puede ser señalado por un agujero. Ciertamente hoy lo saben muchos, pero durante bastante tiempo era Ferrant sólo quien lo sabía. Ese Ferrant solitario, labrando un camino duro y despiadado, que después han disfrutado muchos en la comodidad, en el mimo y en la abundancia; pero que sin sus largos años de aislado trabajo no hubiera en buena medida sido posible.

No andaba desacertado D'Ors cuando reconvenía a Ferrant para que se acordara de la liturgia del calendario, con sus tres días de carnaval por año, y de la higiene de la Escuela de Salerno, con su norma de embriagarse una vez al mes. Que no salga—le venía a decir—a escultura por día ni case guijarro con la almeja más que en las vacaciones para baños de mar. Si se puede aspirar a Goya, ¿por qué quedarse en Fortuny? Si hay fuerzas para construir colosos, ¿por qué resignarse a la fabricación de peponas?

Otros no tanto, pero Ferrant, que había demostrado capacidad y genio en una obra dentro del arte figurativo más consumado, podía tentar continuamente fortuna y aventurarse por senderos desconocidos. No todo en este camino, muy moderno, muy ensayístico, le resultó acertado; pero gracias a su renuncia y a su busca logró abrir nuevas perspectivas, sobre todo las de una escultura dinámica hasta hoy pobre, pero sorprendente y hasta

